



Gusano de seda

Tercera parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 6

Gusano de seda

Tercera parte

Relato pal desolvido escrito a partir del informe
*Doble discurso, múltiples crímenes. Análisis
temático de las ACMM y las ACPB. Informe n.º 9,*
publicado por el CNMH en octubre de 2021.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desoldido n.º 6

Gusano de seda

Tercera parte

Colección • Relatos pal Desoldido

Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
Director de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea metodológica y conceptual Apropiación Social de la Verdad Histórica de la DAV

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanneza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 21
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-65-4

ISBN digital: 978-628-7792-79-1

ISBN colección impreso:

978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:

978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *Gusano de seda. Tercera parte*.
CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos *Relatos pal Desoldido* son ficticios.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Gusano de seda. Tercera parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica ; relato n.º 6).

21 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-65-4

ISBN digital: 978-628-7792-79-1

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Desmovilización 5. Paramilitares - Colombia 6. Identidad de género I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

Un día de septiembre de 2004, de Tuluá a Buga-lagrande regresaban en moto dos paramilitares tras haber entregado una maleta llena de billetes verdes, fruto de la venta de narcóticos.

Sin detenerse, quien conducía —alias Peineta— le advirtió a su jefe —el copiloto— que, en los últimos cinco kilómetros, desde salir de Tuluá, venía siguiéndolos una camioneta.

Alias Mondongo —el copiloto— desenfundó su revólver y ordenó a su escolta y chofer —un joven de casi 21 años, de nombre Jáiver— que acelerara, para ver qué hacía la camioneta.

Haciendo un gran esfuerzo por controlarse —la alta velocidad lograba desconcentrarlo—, Jáiver obedeció la orden y la camioneta no tardó en imitarlos exageradamente. Los alcanzó y, tras intentar tres veces golpear la llanta trasera de la moto, la camioneta se acomodó a su lado y sus ventanas laterales se abrieron.

—¡Aceleráááááááá! —gritó Mondongo, mientras disparaba hacia el interior de la camioneta.

Jáiver, dada la velocidad a la que iban —por lo menos a 120 kilómetros por hora— dejó de sentir que estaba en contacto con el piso a través de las ruedas. Por primera vez en su vida se sintió volar. Nada le importó sentir un impacto en el casco ni un fogonazo en el muslo. Se sumergió en su vuelo de velocidad, convencido de que a la moto le habían salido alas.

Mondongo gritaba, agarrado con un brazo al chofer y con el otro disparando hacia la camioneta. Sonaban estallidos. Fueron segundos intensos y eternos, abruptamente interrumpidos por la furiosa embestida de la camioneta sobre la moto, que los sacó de la carretera e hizo que el cuerpo de Jáiver, más allá de las fantasías, literalmente volara por los aires, hasta estrellarse de cabeza contra el duro suelo.

Se apagaron para Jáiver las luces. Sus sentidos se desconectaron. Una sonrisa se dibujó en su rostro, antes de que, finalmente, todo lo vivido terminara.

II

Tan pronto le dieron el alta en el hospital, Mondongo salió de la habitación y se fue a preguntar por el muchacho que había llegado con él.

No pudo acceder al cuarto donde estaba Jáiver. Según la enfermera a cargo, «el paciente sufrió un trauma craneoencefálico y salió hace poco de cuidados intensivos y ahorita está en coma. Tocaré esperar».

—¡Esperar? —exclamó Mondongo— ¡¿Cuánto? ¿Cuánto hay que esperar?!

La enfermera jefe respondió encogiéndose de hombros, señalando las sillas de la sala de espera y murmurando:

—A veces son días, a veces son años...

Sentado en la sala de espera, Mondongo trató de organizar su cabeza. Aún le dolía el hombro por el tiro que lo rozó. Le dolían las tres costillas ro-

tas y no entendía cómo una bala podía atravesar un casco sin tocar seriamente la cabeza de quien lo lleva.

Mondongo estaba convencido de que Jáiver —él le decía Peineta— y las ánimas que lo cuidaban habían también intercedido por él. Por eso se había salvado, pero ahora Jáiver estaba en coma...

Con la mirada vidriosa, recordó allí sentado la nobleza, prudencia y obediencia de Jáiver durante los últimos dos años largos. Su memoria trajo a colación la noche en la que lo sentenció a pernoctar en la fosa, dizque por morbosearse a un compañero.

—¡Más marica yo! —se reprendió Mondongo, temiendo que Jáiver no lograra salir vivo de esta.

Jáiver tenía sí o sí que lograrla. Era su amuleto de la suerte, su escolta de confianza, el pelao que —salvo la vez de Caliche— nunca había puesto ningún pereque. Si él se iba, ¿entonces qué?

Recordó Mondongo el atentado. Una camioneta contra una moto. Normalmente, era al revés. El caso es que, después de lograr sacarlos de la vía,

habían hecho la U y vuelto. Descargaron siquiera dos ráfagas sobre la moto vencida. De suerte, Mondongo no estaba cerca y mucho menos Jáiver.

Ya alejado el peligro, Mondongo —adolorido y sangrando— llegó hasta el cuerpo de Jáiver y vio que no respondía y tenía el rostro teñido de sangre debajo del casco.

Mondongo, revólver apuntando, detuvo un carro que iba hacia Tuluá. Le ordenó al conductor que lo ayudara a subir a Jáiver y los llevara al hospital más cercano.

En urgencias, ante la puerta, parqueó el carro secuestrado. Mondongo recién terminó de bajar a Jáiver cuando el carro —con las puertas laterales aún abiertas— salió como alma que lleva el diablo.



III

En un papelito, Mondongo escribió un número telefónico y se lo entregó —acompañado por un billete de veinte mil pesos— a la enfermera jefe, pidiéndole que le avisara tan pronto pasara algo con el paciente que estaba en coma.

Después, en bus, como cualquier parroquiano, Mondongo regresó a Bugalagrande y, desde que llegó a la casa, se pegó al equipo de comunicaciones para intentar ponerse en contacto directo con el comandante Guadaña.

Lo intentó varias horas, ese día y los dos siguientes, hasta que finalmente consiguió que lo citaran en la finca en la que el comandante vivía y desde la que despachaba.

Con el brazalete puesto, Mondongo fue recogido en Bugalagrande y, tras un trayecto de poco más de una hora, llegó a la finca. Esperó casi

dos horas para que Guadaña lo atendiera. Al verlo, Mondongo se puso de pie y, tras saludarlo, lo primero que dijo fue:

—Estoy vivo de milagro, pero no sé si mi escolta la logre...

A solas, en un cuarto, Guadaña escuchó con atención el relato de Mondongo. Luego, tras algunos minutos de silencio dramático, el comandante habló:

—Nos están provocando. Responder ahorita sería darles gusto... Los agarraron de regreso, ¿cierto?

Mondongo asintió.

—Si hubieran querido robarles la plata que llevaban, no los habrían dejado llegar a Tuluá —razonó Guadaña—: solo querían mandar un mensaje...

—¿Qué mensaje? —lo interrumpió Mondongo.

—Que saben que nos van a desmovilizar y que nuestros días de controlar esta zona están contados.

IV

En coma, Jáiver estuvo nueve semanas y media. Regresó a Bugalagrande la última semana de noviembre de 2004. Para entonces, Mondongo ya sabía que la desmovilización del Bloque Calima era un hecho y antes de que concluyera el año debían entregar armas y dejar, por el momento, de hacer lo que venían haciendo.

Jáiver sufría de intensos y constantes dolores de cabeza que no lo dejaban ni manejar la moto que se consiguió Mondongo. Decía que el sonido del motor hacía que el dolor al interior de su cráneo se volviera insoportable.

Pese a sus temores, el evento de la desmovilización —aquel sábado 18 de diciembre de 2004 en un corregimiento cercano—, le resultó a Mondongo más aburrido y largo que compromete-

dor. Es cierto que firmó un acta de compromiso por la no reincidencia, pero estampó cualquier mamarracho, al igual que Jáiver, quien ni siquiera tenía número de cédula.

En la desmovilización, le llamó la atención la cantidad de gente que llegó. Según sabía, el Bloque Calima no tenía para ese momento más de 250 hombres, pero, en la desmovilización, se presentaron más de 500, muy pocas mujeres y algunos menores de edad.

De regreso en la casa, ante Jáiver, Mondongo desahogó su desazón:

—¡Esto no acaba aquí! ¡Ya vendrán a rogarnos!

V

A inicios de febrero de 2005, con una mochila al hombro —en la que llevaba dos mudas de ropa y el montón de analgésicos que le habían regalado en el hospital del que venía—, Jáiver se bajó del bus en la plaza principal de Bugalagrande. Miró la fachada de la iglesia y, por un instante, recordó la similar fachada de la iglesia principal de Riofrío, su pueblo natal, parecida pero más bajita.

Atardecía. Pese a no tener nada pendiente, Jáiver quería llegar rápido a la casa, a dormir. La cabeza le seguía doliendo por más de que se hubiera tomado unas cinco pastillas a lo largo del día.

Mientras caminaba, recordó las palabras del médico que lo atendió: «Lo que pasa es que tienes el cerebro inflamado, pero eso con el tiempo se pasa; entre más reposo, más rápido».

Ese había sido el argumento del médico para no dejarlo ir el día anterior, al concluir el control semanal al que Jáiver debía asistir desde que le dieron el alta, unos dos meses atrás.

—Vos no me has hecho caso —lo reprendió el médico—, así que esta noche la pasás aquí en observación.

Jáiver trató de resistirse; pero bien sabía que, desde la desmovilización, lo único pendiente era no dejarse matar.

Las palabras del médico, en su camino de regreso a casa, poco tardaron en ser reemplazadas por imágenes y sensaciones que venían aflorando en su interior, sin permiso, desde que despertó del coma.

En su mayoría, parecían ser recuerdos. Aunque, de vez en cuando, también se atravesaban escenas todo menos agradables, en las que las cenizas de su casa natal se confundían con las del campamento arrasado por la guerrilla y en donde los rostros de su mamá y su papá ocupaban los cuerpos de sus compañeros muertos.

Eso sí, una imagen volvía una y otra vez ante él.

Era en la plaza de Riofrío. Veía a su hermana, Yiyi, de pie y, pese al calor, envuelta en una cobija. Él, con una mano en cada uno de sus hombros, arrodillado frente a ella, las miradas fijas entre sí, le decía: «Pase lo que pase, te voy a ir a buscar».

Ya cerca de la casa, atravesando un parquecito, algo lo trajo de vuelta a la realidad. Una voz de mujer había gritado su nombre (no su alias).

Era Rubi. Corrió hacia él, lo abrazó y al oído le musitó:

—Creí que no iba a volver a verte vivo.

—¿Qué pasó?

—Anoche, a la casa en la que vivías, entró un grupo fuertemente armado y allá se quedaron...

—¿Cómo así? ¿Quiénes son? ¿Dónde está Mondongo? Hay que avisarle a Guadaña... ¿Vos cómo te enteraste?

—Anoche mismo me llegó el chisme. Quién sabe qué habrán hecho con el cuerpo de Mondongo; lo que sé es que a Guadaña ya le había advertido que tenían que desocupar esa casa.

—¿Y ahora adónde voy? —se preguntó Jáiver.

—Tranqui, allá donde trabajo —le respondió Rubi— siempre hay un cuarto disponible.



VI

El Tuerto —como era conocido el proxeneta que administraba el prostíbulo— aceptó arrendarle un cuarto a Jáiver con la condición de que sirviera como guarda de seguridad.

Sin demasiado esfuerzo, Jáiver se adaptó al nuevo entorno y a la nueva rutina. Incluso, disfrutaba mucho cocinar para las chicas, lo que le granjeó su estima y gratitud.

Sin embargo, el miedo a que vinieran a buscarlo no lo abandonó. No era solo lo que pasó con la casa y con Mondongo. Frecuentes rumores llegaban contando que otros desmovilizados, así como viejos informantes de la organización, habían sido asesinados o, al menos, obligados a desplazarse a otros lugares, dejando atrás lo que tuvieran, como le pasó al tendero Samuel.

Una tarde, viéndola maquillarse, Jáiver le confesó a Rubi su miedo y agregó:

—Si vuelvo a salir a la calle, vas a tener que maquillarme, pa que nadie me reconozca.

—Antes de maquillarte —respondió ella siguiéndole la cuerda—, primero te afeitás.

Ambos rieron, pero la idea quedó resonando al interior de Jáiver; hasta que, días más tarde, le pidió a Rubi que le consiguiera unas cuchillas de afeitar. Ella entendió sin necesidad de explicaciones y ambos se encerraron en el baño.

Amorosamente, Rubi afeitó a Jáiver. No solo su rostro, también su cuerpo entero. Concluida la labor, Jáiver observó su cuerpo desnudo ante el espejo y sonrió.

—¿Cómo te sentís, Jáiver? —preguntó Rubi.

—Me gusto, me gusto más así —le respondió, mirándose como si acabara de estrenar cuerpo—; lo único que no me gusta es que me llames Jáiver.

—¿Entonces cómo te digo? ¿Peineta?

—No, tampoco. Necesito un nombre nuevo. Tengo derecho a elegir cómo llamarme, elegir quién voy a ser, ¿no? Me cansé de llevar nombres que otros me impusieron —miró a Rubi—. Se me ocurren varios, pero, para elegir uno, tengo que saber primero cómo me veo con maquillaje.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/doble-discurso-multiples-crmenes/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



La pertenencia a un grupo armado tarde o temprano se agota. Sea por la victoria, la derrota o la desmovilización, los combatientes tienen que pensar qué van a ponerse a hacer una vez el combate concluya. Habrá quienes se reciclen. Otros, como Jáiver, reclutado de niño a la fuerza, harto de uniformes y nombres impuestos, habrá de encontrar otra piel que habitar.
